

vilegios concedidos á expensas de las masas. La ley agraria quedará extinguida bien pronto hasta en el campo de la gloria. Nunca en ningún tiempo se ha hecho la elección de hombres por motivos más pueriles. Llega uno á distinguirse por el ridículo, por una afectación de amor por la causa polaca, por el sistema penitenciario, por el porvenir de los forzados en libertad, por los pilluelos mayores ó menores de doce años, en una palabra, por todas las inocencias sociales. Estas diversas manías crean dignidades postizas, presidentes, vicepresidentes y secretarios de sociedades cuyo número excede en París al de las cuestiones sociales que se tratan de resolver. Se ha demolido la gran sociedad para hacer un millar de pequeñas sociedades á imagen y semejanza de la difunta. ¿No revelan ya la descomposición estas organizaciones parásitas? ¿no parecen ser una multitud de gusanos sobre un cadáver? Todas estas sociedades son hijas de la misma madre, de la vanidad, y no es ciertamente así como procede la caridad católica ó la verdadera beneficencia, las cuales estudian los males sobre las llagas mismas, curándolas, y no peroran en asambleas acerca de los principios morbíficos por el placer de perorar.

Fabián del Ronceret, sin ser un hombre superior, había adivinado, gracias á esa avidez propia de Normandía, todo el partido que podía sacar de este vicio público. Cada época tiene su carácter, que las gentes hábiles explotan. Fabián no pensaba más que en hacer que hablasen de él.

—Querido mío, es preciso hacer que hablen de uno para ser algo—dijo al ponerse en marcha al rey de Alençon, un tal Bousquier, amigo de su padre.

Fabián traducía de este modo el espíritu de su tiempo, y obedecía á él. Había debutado en la vida bohemia, distrito de la topografía moral de París, donde fué conocido con el nombre del *Hereditario* (véase *Un príncipe de la bohemia*) á causa de algunas prodigalidades premeditadas. Ronceret se había aprovechado de las locuras de Couture por la bonita señora Cadine, que era una de las nuevas actrices de un teatro secundario, á la que, durante su opulencia primera, había puesto un delicioso piso con jardín en la calle Blanca. De este modo fué como se conocieron Couture y Ronceret. El normando, que quería el lujo á toda costa, compró el mobiliario de Couture y los objetos que éste se había visto obligado á dejar en su habitación, como un kiosco para fumar y

una galería de madera rústica que servía para ir al kiosco en tiempo de lluvia. Cuando felicitaban al *Hereditario* por su habitación, éste la llamaba su guarida. El provinciano se guardaba bien de decir que el arquitecto Grindot había desplegado allí todo su saber, lo mismo que el escultor Stidmann y el pintor León de Lora, pues tenía por defecto capital ese amor propio que en su afán de ensalzarse llega hasta la mentira. El *Hereditario* completó estas magnificencias mediante un invernadero que estableció á lo largo de un muro expuesto al mediodía, é hizo esto, no porque le gustasen las flores, sino porque quería hacerse popular en la horticultura. En este momento había conseguido casi su objeto. Habiendo sido nombrado vicepresidente de una sociedad jardinera presidida por el duque de Vissembourg, hermano del príncipe de Chiavari, hijo menor del difunto mariscal Vernou, adornó con la cinta de la Legión de honor su levita de vicepresidente, después de una exposición de productos cuyo discurso de apertura compró por quinientos francos á Lousteau, y que él pronunció atrevidamente como suyo. Este éxito no era nada. El *Hereditario*, que quería adquirir fama de hombre listo, había formado el plan de trabar amistad con las gentes célebres para reflejar su gloria, plan que resultaba de difícil ejecución dándole por base el mezquino presupuesto de ocho mil francos. Así es que Fabián del Ronceret se había dirigido sucesivamente y sin éxito á Stidmann, á Bixiou y á León de Lora para ser presentado en casa de la señora Schontz y formar parte de aquella sociedad de gentes distinguidas de todas clases. Por fin, pagó tantas veces la comida á Couture, que éste probó categóricamente á la señora Schontz que debía adquirir aquel original, aunque sólo fuese para convertirlo en uno de esos criados elegantes sin sueldo que las dueñas de casa emplean para aquellos recados para los que no se suelen encontrar criados.

En tres días, la señora Schontz conoció á fondo á Fabián y se dijo:

—Si Couture no me conviene, estoy segura de que éste no se me escapará. Ahora mi porvenir marcha sobre dos pies.

Este estúpido, de quien todo el mundo se burlaba, pasó á ser el preferido, pero con una intención que hacía la preferencia injuriosa, si bien es verdad que nadie lo sospechaba siquiera. La señora Schontz embriagaba á Fabián con

sonrisas á hurtadillas y caricias hechas en el umbral de la puerta al acompañarle, cuando el señor de Rochefide se quedaba por la noche. Aurelia llevaba muchas veces á Fabián con Arturo á su palco á los Italianos en las primeras representaciones, y explicaba esta deferencia diciendo que le había hecho tal ó cual favor y que no sabía cómo pagárselo. Los hombres tienen entre sí una fatuidad que les es común con las mujeres, y es la de creerse amados absolutamente. Ahora bien; de todas las pasiones halagüeñas, no hay ninguna que lo sea más que la de una señora Schontz para aquellos á quienes ellas hacen objeto de un amor llamado de corazón, por oposición al otro amor. Una mujer como la señora Schontz, que hacía el papel de gran dama y cuyo valor real era superior, debía ser y fué objeto de orgullo para Fabián, que se enamoró de ella hasta el punto de que no se presentaba nunca á no ser muy compuesto, con botas de charol, guantes amarillos, camisa bordada, chalecos cada vez más variados, y, en una palabra, con todos los síntomas exteriores de un profundo culto.

Un mes antes de la conferencia de la duquesa y su confesor, la señora Schontz había confiado el secreto de su verdadero nombre á Fabián, el cual no comprendió el objeto de aquella confidencia. Quince días después, la señora Schontz, asombrada de la falta de inteligencia del normando, exclamó:

—¡Dios mío! ¡qué necia soy! Ahora veo que él cree que le amo por él mismo.

Y entonces se llevó al *Heredero* al bosque en su calesa, pues hacía ya un año que tenía calesa y un cochecito con dos caballos.

En aquella conferencia pública, Aurelia trató la cuestión de su porvenir y declaró que quería casarse.

—Tengo setecientos mil francos—dijo,—y le confieso que si encontrase un hombre ambicioso que supiese comprender mi carácter, cambiaría de condición, porque ¿sabe usted cuál es mi sueño? Quisiera ser una señora de mi casa, formarme una familia honrada y hacer felices á mi marido y á mis hijos.

El normando deseaba ser distinguido por la señora Schontz, pero casarse con ella le pareció una locura á él, que tenía treinta y ocho años y que había sido juez. Al ver aquella duda, la señora Schontz tomó al *Heredero* por blanco

de sus pullas y de su desprecio y volvió sus ojos hacia Couture. En ocho días, este especulador, al que Aurelia dió conocimiento de su fortuna, le ofreció su mano, su corazón y su porvenir, tres cosas del mismo valor.

Los manejos de la señora Schontz estaban en este estado cuando la señora Grandlieu se enteró de la vida y costumbres de la Beatriz de la calle de San Jorge.

Siguiendo el consejo del abate Brossette, la duquesa rogó al marqués de Ajuda que le llevase á su casa al rey de los matones políticos, al célebre conde Máximo de Trailles, el archiduque de la bohemia, el más joven de los jóvenes, á pesar de que contaba ya cincuenta años. El señor de Ajuda se arregló para comer con Máximo en el club de la calle de Beaune y le propuso que fuese á hacer compañía á su casa al duque de Grandlieu, el cual, por haber sufrido un ataque de gota antes de comer, se encontraba solo. Aunque el yerno del duque de Grandlieu y primo de la duquesa tuviese derecho para presentar á Máximo de Trailles en un salón donde nunca había puesto los pies, éste no se engañó acerca del objeto de una invitación hecha de aquel modo y pensó que el duque ó la duquesa tenían necesidad de él. La costumbre de jugar y alternar en el Club con gentes á quienes no se reciben en su casa, no es ciertamente una de las más extraordinarias de estos tiempos.

El duque de Grandlieu hizo á Máximo el honor de fingirse enfermo, y después de quince partidas de whist, fué á acostar, dejando á su mujer en conferencia secreta con Máximo y con Ajuda. La duquesa, secundada por el marqués, comunicó su proyecto á Trailles, y le pidió su colaboración, fingiendo que sólo le pedía consejos. Máximo escuchó hasta el fin sin decir palabra, y esperó para hablar á que la duquesa hubiese reclamado directamente su cooperación.

—Señora, he comprendido perfectamente—dijo Máximo después de dirigir á la duquesa y al marqués una de esas miradas sagaces, profundas y astutas con que esos hombres corridos saben comprometer á sus interlocutores.—El señor de Ajuda le dirá á usted que si alguien en París puede dirigir esa intriga, soy yo únicamente, sin mezclarla á usted para nada en ella y sin que se sepa siquiera que he venido aquí esta noche. Únicamente que, antes que nada, tenemos que sentar las bases de este asunto. ¿Qué piensa usted emplear en él?

—Todo lo que se necesite.

—Está bien, señora duquesa. Entonces, como premio de mis servicios, espero que me hará usted el honor de recibir en su casa y de proteger seriamente á la señora condesa de Trailles.

—Pero, ¿eres casado?—exclamó Ajuda.

—No, pero me caso dentro de quince días con la heredera de una familia rica, pero excesivamente plebeya. Es un sacrificio que hago por la opinión y por mi gobierno. Quiero echar piel nueva, y ya comprenderá la señora duquesa la importancia que ha de tener para mí el que ella y su familia reciban á mi mujer. Tengo la seguridad de salir diputado, mediante la dimisión que mi suegro presentará de sus funciones, y me han hecho la promesa de un cargo diplomático en armonía con mi nueva fortuna. No veo la razón de que mi mujer no sea también recibida como la señora de Portenduere en esa sociedad de mujeres jóvenes donde brillan las señoras de La Bastie, de Maufrigneuse, de Lestorada, de Guenic, de Ajuda, de Restaud, de Rastignac y de Vandenesse. Mi mujer es bonita, y yo me encargo de *desengorroalgodonearla*. ¿Le conviene á usted esto, señora duquesa?... Usted es piadosa, y, si dice que sí, su promesa, ya que ha de ser sagrada, ayudará mucho á mi cambio de vida... Usted hará con esto una buena acción más. ¡Ay de mí! yo he sido durante mucho tiempo el rey de los malos sujetos; pero quiero acabar. Después de todo, nosotros llevamos *azur con quimera de oro lanzando fuego, armado de gules y con escamas de sinople, rematando en contraarmiños*, desde Francisco I, que creyó justo ennoblecer al ayuda de cámara de Luis XI, y somos nobles desde Catalina de Médicis.

—Le doy á usted palabra de que recibiré y protegeré á su mujer y de que los míos no le volverán la espalda—dijo solemnemente la duquesa.

—¡Ah! señora duquesa—exclamó Máximo visiblemente emocionado,—si el señor duque se dignase también dispensarme sus bondades, le prometo poner en práctica su plan sin que le cueste gran cosa. Pero es preciso que obedezca usted mis instrucciones—repuso después de una pausa.—Esta será la última intriga de mi vida de soltero, y he de dirigirla tanto mejor, cuanto que se trata de una buena acción—dijo sonriéndose.

—¡Obedecerle!—dijo la duquesa.—Pero, ¿he de figurar yo para nada en esto?

—No tema usted, señora, que no la comprometeré—exclamó Máximo.—La estimo á usted demasiado para no tomar todo género de precauciones. Se trata únicamente de que siga usted mis consejos, que han de consistir, por ejemplo, en que el señor de Guenic sea llevado como un cuerpo santo por su mujer y que ésta lo tenga ausente durante dos años, haciéndole ver Italia, Alemania, Francia, Suiza, en fin, el mayor número posible de países.

—¡Ah! su advertencia coincide en un todo con el temor de mi confesor—exclamó sencillamente la duquesa, acordándose de la juiciosa observación del abate Brossete.

Máximo y Ajuda no pudieron menos de sonreirse al ver aquella concordancia entre el cielo y el infierno.

—Para que la señora de Rochefide no vuelva á ver á Calixto, viajaremos todos: Justo y su mujer, Calixto, Sabina y yo. Dejaré á Clotilde con su padre.

—No cantemos victoria, señora—dijo Máximo,—pues entreveo enormes dificultades que, sin duda, sabré vencer. Su estimación y su protección son un premio que me va á obligar á hacer grandes porquerías; pero serán las...

—¿Porquerías?—dijo la duquesa interrumpiendo á este moderno Condottiere y mostrando en su fisonomía tanto disgusto como asombro.

—Y usted tomará parte en ellas, señora, porque yo soy su procurador. Pero ¿ignora usted á qué grado de ceguera ha hecho llegar á su yerno la señora de Rochefide?... Yo lo sé por Nathan y por Canalis, entre los cuales titubeaba la marquesa cuando Calixto fué á arrojarle á sus brazos. Beatriz ha sabido persuadir á ese buen bretón de que no había amado nunca más que á él, de que ella es virtuosa, de que Conti fué un amor de cabeza en el que el corazón no tomó parte, un amor musical; y, respecto á Rochefide, le ha dicho que era el deber. Así pues, ya comprende usted, ¡es virgen! y se lo prueba no acordándose para nada de su hijo, ni dando un paso hace ya un año para verlo. A decir verdad, el condesito, que va á cumplir pronto doce años, tiene en la señora Schontz una madre, tanto más madre, cuanto que la maternidad, como usted sabe, es la pasión de esa clase de muchachas. El señor de Guenic se dejaría matar y mataría á su mujer por Beatriz. ¿Y cree usted que se saca fácilmente

á un hombre cuando está en el fondo del abismo de la credulidad?... Crea usted, señora; el Yago de Shakspeare perdería aquí el tiempo. Se cree que Otello, que Orosmane, que San Preux y otros enamorados en posesión de su amada representan el amor. Sus padres, dotados de un corazón de hielo, no conocieron jamás lo que es un amor absoluto; sólo Moliere lo sospechó. El amor, señora duquesa, no consiste, á fe, en amar á una mujer noble, á una Clarisa... El amor, es decir: «¡La que amo es una infame, me engaña, me engañará, es una taimada!» y correr, sin embargo, á ella y creerla dotada de todas las flores del paraíso. He aquí cómo amaba Moliere y he aquí cómo amamos nosotros los malos sujetos; pues yo lloro en la gran escena de *Arnolfo*... ¡Y he ahí cómo ama su yerno á Beatriz!... Me costará trabajo separar á Rochefide de la señora Schontz; pero acaso se preste á ello la señora Schontz, y voy á estudiar en el acto su interior. Respecto á Calixto y á Beatriz, para separarlos, se necesita preparar tales escenas llenas de traición y de infamia tan baja, que la virtuosa imaginación de usted no podría descender á ellas, á menos que su confesor le diese la mano... Ha pedido usted lo imposible, y quedará servida... Sin embargo, á pesar de mi decisión de emplear el hierro y el fuego, no le prometo á usted en absoluto salir airoso, pues sé que hay amantes que no reculan ante las más espantosas desilusiones. Usted es demasiado virtuosa para conocer el imperio que ejercen las mujeres que no lo son...

—No ponga usted en práctica esas infamias hasta que yo consulte al abate Brossette, á fin de saber hasta qué punto soy cómplice de ellas—exclamó la duquesa con una sencillez que descubrió todo el egoísmo que encierra la devoción.

—Usted lo ignora todo, mamá querida—le dijo el marqués de Ajuda.

En la escalinata exterior, mientras que el coche del marqués avanzaba, Ajuda dijo á Máximo:

—Ha asustado usted á esa buena duquesa.

—¡Oh! ¡ella no sospecha cuán difícil es conseguir lo que pide!... ¿Vamos al Jockey Club? Necesito que Rochefide me invite á comer mañana á casa de la Schontz, porque, este noche, mi plan quedará formado y tengo que escoger los peones que han de tomar parte en la partida que voy á empeñar. En tiempo de su esplendor, Beatriz no quiso recibirme; así es que saldará mi cuenta con ella y vengaré á su cuñada de

usted tan cruelmente, que acaso ella misma juzgue excesiva la venganza...

Al día siguiente, Rochefide dijo á la señora Schontz que tendrían á comer á Máximo de Trailles, lo cual equivalía á advertirle que desplecase su lujo y que preparase las carnes más exquisitas para aquel conoecedor á quien tanto temían todas las mujeres del género de la Schontz; así es que ésta pensó tanto en su atavío como en poner la casa en estado de recibir á aquel personaje.

En París existen casi tantos reinos como artes diferentes, especialidades morales, ciencias, profesiones; y aquel que más se distingue en su respectiva especialidad, posee una majestad que le es propia y es apreciado y respetado por sus colegas que conocen las dificultades del oficio. Máximo era á los ojos de los *truhanes* y de las *cortesananas* un hombre excesivamente poderoso y capaz, porque había sabido hacerse amar prodigiosamente, y era admirado por las gentes que sabían cuán difícil es vivir en París en buena inteligencia con los acreedores; finalmente, era público que no había tenido más rival en elegancia, en vestir y en gracia que el ilustre de Marsay, que le había confiado varias veces misiones políticas. Esto basta para explicar su entrevista con la duquesa, su prestigio en casa de la señora Schontz y la autoridad de su palabra en la conferencia que contaba tener en el bulevar de los Italianos con un joven célebre ya, aunque recién entrado en la bohemia de París.

Al día siguiente, al levantarse, Máximo de Trailles recibió la visita de Finot á quien él había rogado la víspera que fuese á verle para decirle que preparase como por casualidad un almuerzo en el café Inglés, donde Finot, Couture y Lousteau charlasen en una mesa contigua á la suya. Finot, que era para el conde de Trailles lo que un teniente para un general, no podía negarle nada; de modo que, cuando Máximo fué á almorzar, vió á Finot y á sus dos amigos sentados á una mesa contigua hablando de la señora Schontz. Couture, manejado por Finot y por Lousteau, hizo, sin darse cuenta, un favor á Finot, comunicando al conde de Trailles todo lo que éste deseaba saber acerca de la señora Schontz.

A eso de la una, Máximo mascaba su escarbadientes hablando con Tillet en la escalinata de Tortonni, donde forman los especuladores aquella pequeña Bolsa, prefacio de la grande. Trailles parecía ocuparse de negocios; pero en rea-

lidad esperaba al joven conde de la Palferina, que debía pasar por allí á hora determinada. El bulevar de los Italianos es hoy lo que era el puente Nuevo en 1650: todas las gentes conocidas lo atraviesan por lo menos una vez al día. En efecto, al cabo de diez minutos, Máximo dejó el brazo de Tillet, y haciendo una seña al joven príncipe de la bohemia, le dijo sonriéndose:

—Conde, dos palabras.

Los dos rivales, el uno astro al declinar, y el otro sol que nacía, fueron á sentarse delante del café de París. Máximo tuvo cuidado de colocarse á cierta distancia de algunos ancianos que acostumbra á sentarse allí desde la una de la tarde para secar su afecciones reumáticas, pues tenía excelentes razones para desconfiar de aquellos viejos. (Véase *Un hombre de negocios*).

—¿Tiene usted deudas?—dijo Máximo al joven conde.

—Si no las tuviese, ¿sería digno de sucederle á usted?—le respondió Palferina.

—Al hacerle esta pregunta, no es que ponga en duda que las tenga usted—replicó Máximo,—sino que deseo únicamente saber si el total es respetable y si asciende á cinco ó á seis...

—¿Á seis qué?

—Á seis cifras. Si debe usted cincuenta ó cien mil francos... Yo he llegado á deber seiscientos mil.

El conde de la Palferina se quitó el sombrero de una manera tan respetuosa como burlona, diciendo:

—Si yo tuviese crédito para poder deber cien mil francos, olvidaría á mis acreedores y me iría á pasar la vida á Venecia, en medio de las obras maestras de pintura, yendo al teatro todos los días y pasando las noches con mujeres hermosas.

—Y ¿qué sería de usted á mi edad?—le preguntó Máximo.

—¡Oh! yo no llegaría ahí—replicó el joven conde.

Máximo devolvió la cortesía á su rival quitándose ligeramente el sombrero con un gesto lleno de visible gravedad, y después le dijo como el que habla de igual á igual:

—Usted tiene otro modo de mirar la vida. De modo que ¿debe usted...?

—¡Oh! una miseria indigna de ser confesada á un tío, y, si yo tuviese alguno, estoy seguro de que me desheredaría al saber la insignificancia á que asciende: ¡seis mill...

—A veces se ve uno más apurado por seis que por cien mil—dijo sentenciosamente Máximo.—Palferina, usted tiene atrevimiento y más talento que atrevimiento, y puede ir muy lejos y llegar á ser un político. Mire usted, de todos los que se han lanzado á la vida que yo voy á dejar y que han querido oponérseme, usted es el único que me ha sido simpático.

Al conde le halagó tanto esta confesión hecha con sinceridad por el jefe de los aventureros parisienses, que se puso rojo como la grana. Este impulso de su amor propio fué un reconocimiento de superioridad que le molestó; pero Máximo adivinó aquel conato de ofensa, fácil de prever para un hombre tan suspicaz, y buscó el remedio en seguida poniéndose á discreción del joven.

—¿Quiere usted hacer algo por mí, que me retiro del circo olímpico mediante un buen matrimonio? Yo podré hacer algo por usted—repuso.

—Va usted á hacer que me enorgullezca—dijo el conde de la Palferina.

—Empezaré prestándole veinte mil francos—respondió Máximo continuando.

—¿Veinte mil francos?... Ya sabía yo que á fuerza de pasear por este sitio...—dijo Palferina á modo de paréntesis.

—Querido mío, hay que ponerse sobre cierto pie—dijo Máximo sonriéndose;—no se quede usted nunca sobre sus dos pies; procure tener seis; haga como yo, que no me bajo nunca de mi tálburi.

—Pero, entonces veo que va usted á pedirme algo superior á mis fuerzas.

—No, se trata de enamorar á una mujer en quince días.

—¿Es soltera?

—¿Por qué?

—Porque sería imposible; pero si se tratase de una mujer distinguida y de talento...

—¿Es una ilustre marquesa!

—¿Quiere usted tener cartas suyas?—dijo el joven conde.

—No, no se trata de eso—exclamó Máximo.

—¿Es preciso amarla?

—Sí, en el sentido real de la palabra.

—Si hay que salir de la estética, es completamente imposible—dijo Palferina.—Respecto á las mujeres, yo tengo cierta probidad; nosotros podemos engañarlas, pero no...

—¡Ah! ¡veo que no me engañaron!—exclamó Máximo.—¿Crees acaso que yo soy capaz de proponer infamias de ese género?... No, es preciso ir, deslumbrar, vencer... Colega, te doy veinte mil francos esta noche y diez días de término para triunfar. ¡Hasta esta noche en casa de la Schontz!

—Estoy invitado á comer allí.

—Está bien—repuso Máximo.—Después, señor conde, cuando me necesite usted, me encontrará—añadió con tono de rey que se compromete en lugar de prometer.

—¿Le ha hecho á usted mucho daño esa pobre mujer?—le preguntó Palferina.

—Hijo mío, no intentes sondar mis aguas y déjame decirte que, si sales airoso en la empresa, tendrás tan poderosos protectores, que podrás, como yo, retirarte haciendo un buen matrimonio, cuando te canses de la vida de bohemio.

—¿Pero llega acaso un momento en que se cansa uno de divertirse, de no ser nada, de vivir como los pájaros, de correr por París como un salvaje y de reirse de todo?—le preguntó Palferina.

—Todo cansa, hasta el infierno—dijo Máximo riendo.—¡Hasta la noche!

Los dos truhanes, el joven y el viejo, se levantaron. Al subir á su cochecito de un solo caballo, Máximo se dijo:

—La señora de Espard no puede sufrir á Beatriz, y me ayudará... ¡Cohero, al palacio de Grandlieu!—gritó al ver pasar á Rastignac.

¡No hay gran hombre sin debilidades!... Máximo vió á la duquesa, á la señora de Guenic y á Clotilde llorando.

—¿Qué ocurre?—preguntó Máximo á la duquesa.

—Que esta noche Calixto no ha vuelto á casa, y como esta es la primera vez que esto ocurre, Sabina está desesperada.

—Señora duquesa—dijo Máximo llevando á la devota mujer al alféizar de una ventana,—en nombre de Dios que nos juzgará, guarde usted el más profundo secreto acerca de mi abnegación; exíjasele á Ajuda, y que Calixto no sepa nada de nuestras tramas, ó tendríamos los dos un duelo á muerte... Cuando le dije á usted que no le costaría gran cosa, quería decir que no tendría que gastar grandes sumas; necesito unos veinte mil francos, y de lo demás yo me encargo, aunque será preciso dar plazas importantes, tal vez una recaudación general.

La duquesa y Máximo salieron. Cuando la señora de Grandlieu volvió al lado de sus dos hijas, oyó un nuevo ditirambo de Sabina adornado de hechos domésticos mucho más crueles que aquellos con los que la joven esposa había visto terminar su dicha.

—Tranquilízate, hijita—dijo la duquesa á su hija;—Beatriz va á pagar caras tus lágrimas y tus sufrimientos; la mano de Satanás pesa sobre ella y recibirá diez humillaciones por cada una de las tuyas...

La señora Schontz hizo prevenir á Claudio Viñón, el cual había manifestado varias veces el deseo de conocer personalmente á Máximo de Trailles; é invitó también á Couture, á Fabián, á Bixiou, á León de Lora, á Palferina y á Nathan. Este último fué convidado por Rochefide á instancias de Máximo. Aurelia tuvo de este modo nueve convidados, todos de primera fuerza, excepto del Ronceret; pero la vanidad normanda y la ambición brutal del *Heredero* estaban á la altura del poder literario de Claudio Viñón, de la poesía de Nathan, del golpe de vista financiero de Couture, del talento de Bixiou, del cálculo de Finot, de la penetración de Máximo y del genio de León de Lora.

La señora Schontz, que quería parecer joven y hermosa, se armó de un tocado y vestido como saben hacerlo este género de mujeres. Estos fueron una pelerina con blondas de una finura arañada, una bata de terciopelo azul cuyo fino cuerpo estaba abotonado con botones de ópalo, y un peinado á dos bandas lucientes como el ébano. La señora Schontz debía su celebridad de mujer bonita al brillo y á la frescura de una tez blanca y suave como la de las criollas y á un rostro lleno de detalles espirituales y de trazos claramente dibujados y firmes, cuyo tipo más célebre lo ofreció largo tiempo la joven condesa Merlín, y que acaso es propio de los rostros meridionales. Desgraciadamente, la pequeña señora Schontz tendía á la gordura desde que su vida se había vuelto feliz y tranquila. El cuello, de una redondez seductora, empezaba á engordar al igual que los hombros. Se fija uno en Francia tanto en la cara de las mujeres, que las cabezas hermosas disimulan por mucho tiempo cuerpos deformes.

—Mi querida hija—dijo Máximo el entrar, besando en la frente á la señora Schontz,—Rochefide ha querido que viese su casa, adonde no había venido aún, y veo que está

casi en armonía con sus cuatrocientos mil francos de renta... Pues bien, si tenía que gastar cincuenta con usted, cuando la conoció, le ha hecho usted ganar en cinco años lo que otra, una Antonia, una Málaga, Cadina ó Florentina, le hubiera comido.

—Yo no soy una joven, ¡sino una artista!—dijo la señora Schontz con cierta dignidad.—Espero acabar, como dice una comedia, creando una familia de gentes honradas...

—Esto es desesperante; nos casamos todos—repuso Máximo sentándose en un sofá colocado al lado del fuego.—Aquí me tienen ustedes en vísperas de hacer una condesa Máximo.

—¡Oh! ¡cuánto desearía verla!...—exclamó la señora Schontz.—Pero, permítame usted—dijo—presentarle al señor Claudio Viñón. El señor Claudio Viñón, el señor de Trailles...

—¡Ah! ¿es usted quien ha dejado ir á un convento á Camilo Maupín, á la mesonera de la literatura?...—exclamó Máximo.—¡Después de usted, Dios! Nunca he recibido semejante honor. La señorita de Touches le ha tratado como á Luis XIV...

—¡Así se escribe la historia!...—respondió Claudio Viñón.—¿No sabe usted que su fortuna ha sido empleada en desempeñar las tierras del señor de Guenic? Si ella supiese que Calixto pertenece á su ex enemiga...—Máximo tocó el pie al crítico mostrándole al señor de Rochefide—creo que saldría del convento para arrancárselo.

—A fe, Rochefide—dijo Máximo viendo que su advertencia no había detenido á Claudio;—en tu lugar, amigo mío, devolvería á tu mujer su fortuna, á fin de que no se creyera en la sociedad que ella está unida á Calixto por necesidad.

—Máximo tiene razón—dijo la señora Schontz mirando á Arturo, que enrojeció excesivamente.—Si le he hecho ganar algunos miles de francos de renta, no podía usted emplearlos de mejor manera. Habré hecho la felicidad de la mujer y del marido; ¡esos son los galones de mis años de servicio!

—Nunca había pensado en ello—respondió el marqués;—pero se debe ser hidalgo antes que marido.

—Dejo para mí el decirte cuándo será tiempo de mostrarte generoso—dijo Máximo.

—Arturo—replicó Aurelia,—Máximo tiene razón. Ahora,

amigo mío, nuestras acciones generosas son como las acciones de Couture—dijo mirando á un espejo para saber quién era la persona que llegaba,—es preciso saber colocarlas á tiempo.

Couture venía seguido de Finot. Algunos instantes después, todos los convidados estuvieron reunidos en el hermoso salón azul y oro del palacio Schontz: tal era el nombre que los artistas daban á su posada desde que Rochefide la había comprado á Ninón II. Al ver entrar á Palferina, que llegó el último, Máximo fué hacia él, lo llevó al alféizar de una ventana y le dió los veinte billetes de mil francos.

—Sobre todo, hijo mío, no los malgastes—le dijo con la gracia propia de los malos sujetos.

—No hay nadie más que usted que sepa doblar el valor de lo que parece dar...—le respondió Palferina.

—¿Estás decidido?

—Desde el momento que los tomo—respondió el joven conde altiva y burlescamente.

—Pues bien; Nathan, que está aquí, te presentará dentro de dos días en casa de la marquesa de Rochefide—le dijo al oído.

Palferina dió un salto al oír el nombre.

—No dejes de fingirte loco por ella; y, para no despertar sospechas, bebe vino y licores hasta reventar. Voy á decirle á Aurelia que te ponga al lado de Nathan. Únicamente que será preciso ahora, hijo mío, que nos veamos todas las noches á la una en el bulevar de la Magdalena, tú para darme cuenta de tus progresos, y yo para darte instrucciones.

—Estaré allí, maestro mío...—dijo el joven conde inclinándose.

—¿Cómo es que nos haces comer con un perillán vestido como un primer mozo de fonda?—le preguntó Máximo al oído á la señora Schontz designándole á Ronceret.

—¿No has visto, pues, nunca al *Herederó*, al señor del Ronceret de Alençon?

—Caballero—dijo Máximo á Fabián,—¿conoce usted á mi amigo de Esgrifión?

—Hace tiempo que Victoriano no me conoce ya—respondió Fabián;—pero hemos sido muy amigos en nuestra juventud.

La comida fué una de esas que no se dan más que en París, y en casa de esas grandes disipadoras, pues sus refi-